

dirá: «si celebramos el V Centenario de la Evangelización de América no es para recordar una fecha, sino para ahondar en las raíces de la fe y dar gracias a Dios, Señor de la historia, por habernos llamado, como Iglesia, a escribirla en América» (p. 70).

J. C. Martín de la Hoz

Robert MILBURN, *Early Christian Art & Architecture*, University of California Press, Berkeley 1991, 336 pp., con 194 ilustraciones en blanco y negro, y cuatro mapas.

A pesar del reciente y fascinante interés en la historia de la Iglesia desde sus inicios hasta el siglo séptimo, no existía hasta ahora una guía completa y autorizada del arte y arquitectura cristianos de la primera cristiandad. Este libro de Robert Milburn por tanto viene a rellenar un hueco importante en la bibliografía del período patrístico. Las últimas décadas han puesto al alcance del estudioso un considerable número de restos arqueológicos y manifestaciones artísticas de los primeros siglos de la Iglesia, y este libro ofrece un cuidadoso recorrido de muchas de ellas. El orden con que ha sido escrito hace de él un manual excelente. La simbología cristiana, los lugares de culto, las catacumbas, la escultura, las iglesias y los baptisterios, o el trabajo artístico en libros, monedas, tejidos, etc. reciben aquí sucinta y substancial introducción. El área geográfica sagrada contemplada en esta obra es completa: desde Asia a Egipto y Africa del Norte, y de España, Francia, Italia, hasta los Balcanes y Grecia.

Para los creyentes de estos primeros siglos, por supuesto, la expresión artística religiosa tenía escasa importancia. La conducta cristiana era naturalmente

mucho más importante que el adorno y la belleza. Así entendemos que la arquitectura religiosa fuera esencialmente utilitaria. La sencillez y el buen gusto junto con la discreción son las características que aparecen en todas las producciones. Estamos muy lejos no sólo del futuro esplendor de Bizancio sino también de la magnificencia añadida con el cambio de fortuna que trajo el emperador Constantino. Los lugares de culto eran sencillamente lugares donde los discípulos de Cristo podían estar todos juntos para una reunión o para celebrar los misterios eucarísticos. Observando estos planos de iglesias domésticas, uno tiene la impresión de que para aquellos cristianos los verdaderos «templos del Dios vivo» eran ellos mismos. Tan convencidos estaban de la descripción paulina (2 Corintios 6,16) que el espacio sagrado parecía sólo necesidad de la comunidad para sus reuniones y liturgias.

De forma similar a la cristianización del tiempo con el calendario eclesial, la del espacio ocurrió más tarde, en buena parte consecuencia del cambio que supuso el nuevo orden que impuso Constantino. Pero al principio y durante los primeros siglos, bastaba una sala grande en alguna casa de familia que ofreciera espacio suficiente para los cristianos de aquella población o barrio. La sencillez y carácter utilitario de estas habitaciones son también una consecuencia de la adaptación cristiana al gusto y moda local. Es sin duda la marca notoria de estas primeras manifestaciones de la prehistoria del arte cristiano. Lo importante era anunciar el Evangelio de Cristo, y todo se adaptaba en vistas a esa tarea. Aún siglos después, la misma basílica en su magnificencia es más adaptación que novedad de los arquitectos cristianos. Las inscripciones, siguiendo idéntico principio, iban en lenguaje ordinario (latino o griego) al alcance de todos cuantos podían leer.

Simbolismo en la representación y una considerable irradiación de alegría son dos notas características de las primeras imágenes del arte cristiano. Hoy día es difícil contemplarlas sin ver en ellas una protesta al literalismo representacional de tanto arte religioso realista y sentimental hasta la repugnancia. Cristo aparece joven, sin barba. Su presencia artística, por ejemplo, en el famoso sarcófago de Junius Bassus en Roma, habla de la proximidad e intimidad de los primeros cristianos con Jesús, de su humanidad y cercanía espiritual; es en verdad el Buen Pastor. Sólo más tarde aparecerá Cristo en las paredes como Juez del universo en toda su magnificencia. La certeza de la comunión de los santos pronto aparece grabada en piedra con gran fuerza y encanto.

Sencillez y adaptación al uso local son características esenciales del arte y arquitectura de los primeros cristianos. El arte cristiano conocerá después un desarrollo espectacular. Sin embargo también los primeros cristianos ofrecen una lección de gran importancia para el arquitecto o artista de un proyecto religioso en nuestros tiempos, sobre todo cuando una sinuosa tentación lleva a pensar que sólo lo *viejo* es capaz de abrazar lo sagrado, como si la misma fe cristiana fuera algo del pasado.

A. de Silva

*Synodicon Hispanum*, dirigido por Antonio GARCÍA Y GARCÍA, *Extremadura: Badajoz, Coria-Cáceres y Plasencia*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1990, 570 pp., 23 x 15.

Una vez más nos corresponde la grata misión de dar noticia de la aparición de otro volumen del *Synodicon*

*Hispanum*, lo que constituye la prueba más elocuente del riguroso ritmo a que avanza esta notable empresa científica, conducida con tan buen tino por su director, el Prof. García y García, que ha contado con la eficiente colaboración de F. Cantelar Rodríguez y los demás miembros del equipo dedicado a llevar a buen término esta tarea.

El cuadro que figura en el Prólogo cuantifica y caracteriza los sínodos contenidos en el volumen, todos ellos pertenecientes a las diócesis extremeñas mencionadas en el título: se recogen ocho sínodos de Badajoz, siete de Coria y dos de Plasencia, de una época comprendida entre los siglos XIII y XVI; quince sínodos, en total. De seis de ellos se ofrece la edición crítica del texto, mientras que de los nueve restantes, de los que no existe texto, se da tan sólo la noticia histórica.

Los editores destacan algunos de los sínodos publicados, por su especial valor histórico-disciplinar. Así, el sínodo de Badajoz de 1501, celebrado bajo el obispo Alonso Manrique de Lara, «uno de los que más se distinguen por su celo pastoral y reformista, por el rigorismo de su normativa y por la meticulosidad de sus prescripciones». Merece destacarse igualmente el sínodo de Coria-Cáceres de 1537, reunido por el obispo, humanista y futuro cardenal Francisco de Mendoza y Bobadilla, que «se adelanta en múltiples capítulos a las reformas tridentinas» y que, a juicio de los editores, «tal vez sea el que contiene un cuerpo más logrado de reformas entre todos los que hemos editado en el *Synodicon Hispanum*». Entre los sínodos de Plasencia, las Constituciones más extensas corresponden al del año 1534, presidido por el obispo Gutierrez Vargas de Carvajal, y que, según el estudio que precede al texto, «se traduce en un intento de poner orden y concierto en el gobierno y administración de la dió-